

Las Dominicales

Del Libre Pensamiento.

AÑO XVII MADRID **Jueves 20 de Julio de 1899** **NUM. 100**

EL JESUITISMO NOS HA MATADO

Mirad. en otro lugar de este número, lo que dice Carlos III sobre la Compañía de Jesús. acurádoles ante el papa.

Dice que estaba probado que los jesuitas *espionaban* las iglesias de Indias, esto es, que *robaban*, engañando y falsificando para ello. De suerte que el jesuita era ladrón. ¿De quién? De la Iglesia misma.

Dice también que, para herir al Gobierno, mentía. Pero mentía sin cansarse. No eran días, eran años y años los que se dedicaba a la mentira. Ya hacia correr la voz de que el rey y los ministros iban a mudar la religión, ya decía que la casa de Borbón iba a desaparecer, ya anunciaba que el rey moriría necesariamente a los seis años. Los oídos y las cabezas de los españoles eran un hervidero de mentiras. ¿Dónde estaba la fábrica? En el corazón del jesuita.

¿Medios de difundirlos? La conversación privada, el confesionario, el libelo tirado clandestinamente en los colegios de la Compañía; sobre todo, el pulpito. ¿Lo oía? El pulpito, la cátedra puesta por la Iglesia para difundir la verdad, la habían convertido los jesuitas en cátedra de la mentira. Allí desde donde debía hablar Dios, hablaba Satanás.

¿Quién no comprende bien la exasperación de Carlos III? ¿Quién no comprende que aquel rey brincar, se recordara, zochinara los dientes, manoteara, como hombre acediado por un enjambre de avispa? Porque como si abrieran la puerta de vuestra casa a hieras de duendes de ella, introduciendo hasta sus últimos rincosnes, a hombres que, aprovechando aquella situación, se dedicaran a calumniaros, a difundir contra vosotros especies mortales y a preparar vuestra perdición y vuestra ruina. Vivir con la sangre fría, ¿es vivir? Pues esto sucedió a Carlos III, que tenía entregadas todas las iglesias de su reino, y la educación de la juventud dorada, y las conciencias de la clase directora, al jesuitismo. Aquello no era vida, aquello era un infierno, y ya la paciencia se le agotó cuando en el motín de Madrid vió cerca de su pecho la punta del puñal que venía aguzando contra él en la sombra del jesuita.

Acusa, además, Carlos III a los jesuitas, de usurpadores del reino, afirmando que ejercieron en el Paraguay un despotismo insuportable, después de arrebatarse al rey de España la soberanía y retenerla durante siglo y medio, pero ocultando el hecho merced a maniobras que debieron ser del mismo infierno. ¿Porque olvidado que mantener la mentira y la usurpación durante SIGLO Y MEDIO?

Era, pues, el jesuita, traidor a la patria y a su rey, era reo de alta traición. Robó, con la soberanía del Paraguay, todo lo que hay que robar: las haciendas de los vasallos, que pasaron a ser suyas, cuando eran del reino; las vidas, que vinieron a estar en su mano, puesto que usurpó la espada de la justicia.

El jesuita es asesino, según Carlos III, pero asesino por lo alto: regia. Recuerda Carlos III que los jesuitas quisieron asesinar al rey de Portugal, por lo que sufrieron varias la pena de la horca; y aquí, al no fueron ellos mismos, fue un hombre fanatizado por ellos entre las tinieblas de sus confesorios, el que pretendió asesinar al rey.

Asesinos, ladrones, usurpadores, embusteros, conspiradores; ¡qué maldad hay en la tierra de que no acuse el rey Carlos III a los jesuitas!

Y no hay que decir que el rey obraba por parcialidad contra el jesuitismo. El interés de las monarquías está enlazado íntimamente a la causa jesuitica, según se está viendo hoy. Es que los hechos, la realidad, hablaban entonces por encima de todos los intereses. El jesuita apoya la monarquía, pero es en cuanto la monarquía le sirve. Si no le sirve, la combate; si la cree hostil, la declara guerra a muerte. Esto es lo que pasó en el reinado de Carlos III. Creyó entonces la Compañía ser más fuerte que el trono, y desató contra él todas las computas de su soberbia. Las acusaciones de Carlos III son, así, hechos, y compendiosos, porque ya dice que no se debería nunca ni fuera a enumerar los todos; y esos hechos son recogidos de una sentencia dictada por un tribunal superior, de más categoría que el actual Tribunal Supremo de Justicia, dada en la calidad in-

signe de los miembros que le compusieron sin faltar en él hombres de hábitos.

Ahí tenéis los hombres a quienes entregáis la educación de vuestros hijos, señores burgueses del día: con ladrones, asesinos, usurpadores, rebeldes, maestros en todas las artes de la perfidia y de la maldad.

No digáis que esos jesuitas son otros que aquellos; Carlos III os contestará que estáis en un error; él os probará que el jesuita es incorregible: el daño está—dice—en sus máximas. Esto es, que la naturaleza del cuerpo jesuitico, su constitución, su finalidad, le llevan irremisiblemente al mal.

Tal era la convicción de Carlos III sobre esto, que decía:

«Tampoco podría obrar la reforma en un cuerpo generalmente corrompido sin destruirle. Entre los jesuitas no se puede ni distinguir entre inocentes y culpados... Arraigada en los jesuitas desde su tierna edad, la íntima persuasión que se les procura imprimir de su bondad, de su régimen y de lo íteito y aun meritorio de sus máximas hacia el interés y la gloria de la Compañía, reciben con facilidad todas las especies que se procuran sembrar después en sus ánimos, contra los que reputan sus enemigos... Quien conoce a los jesuitas radicalmente y hubiese tocado las funestas experiencias de su conducta uniforme, oíría con desprecio la vulgar objeción de que no se distinguen los inocentes de los culpados y de que se castigue a todos... No hay, pues, que esperar la reforma de la Compañía, ni puedan los soberanos escogarse mientras subsista.»

¿Quién no se explica, al meditar sobre este asunto, lo que acaba de ocurrir en España?

Carlos III, celoso de la grandeza de su reino, como los ilustres políticos que le rodeaban, arrojó del territorio español a los jesuitas.

Segasta, con toda la ralea de políticos, infestando con ellos el país. ¿Quién puede aseverarse de que el cuerpo de la nación española, corrompido y debilitado por las máximas de esa Compañía, nidal de perversidades, no haya podido resistir el primer soplo que ha arrojado sobre ella una nación vigorosa como los Estados Unidos?

Pensad en lo más débil: el junco, la pluma, la pavesa; pues todavía es más débil que eso otra cosa: la mentira.

Ahora la mentira es el alma, la sustancia íntima del jesuita. Es a España, poblada de mentiras por el jesuitismo, que pinta Carlos III, es la realidad viva, el producto indeclinable del alma jesuita. ¿Qué fuerza puede tener un pueblo que se educa con mentiras? Y ese es el pueblo español de la restauración, cuyas clases directoras han sido educadas por el jesuitismo.

Que al ir allá nuestro ejército dirigido por esas clases y al verse frente al ejército yanqui haya huido a la carrera, sin aliento para volver siquiera el rostro al enemigo, ¿qué quita admirar? Es lo que le pasa al junco, a la pluma, a la pavesa, cuando sopla hacia ellos una ráfaga, por débil que sea, de viento.

Porque no hay que olvidar que el yanqui está educado en el odio al jesuita, en el desprecio al jesuita, en el espíritu diametralmente opuesto al jesuita. El yanqui está educado en la verdad. Cultiva las ciencias positivas en la escuela. Aprende allí que es una infamia doblar la rodilla a otro hombre. Entregar su conciencia a un hombre de faldas, que vive entre mujeres, y es, según Carlos III, embustero, ladrón, asesino, malo por condición, incorregible, irremorable. ¿Eso? ¿Qué ha de hacerlo un yanqui! Primero la muerte.

¿Lo veis explicado ahora todo? ¿Qué iba a pasar con un ejército formado por esas pavesas, engendro del jesuitismo, frente a la selva de robles formada por los hijos de la Libertad de la Conciencia?

Y todavía dudaréis, ¡oh, españoles!, en prestar vuestros alientos a los del pueblo zaragozano, valenciano y catalán, que gritan hasta el cielo:—«¡Abajo el jesuitismo!»—¿Cuán imbéciles seréis!

muy querido amigo D. Juan Manuel Zapatero.

Ciento cincuenta comensales, la flor del republicanismo de toda aquella región, desde Zaragoza hasta Logroño y Pamplona, acudieron a la fiesta, celebrándose un banquete, en el que reinó un entusiasmo indescriptible y una resolución espartana de poner término a los males que afligen a España.

Con gran sentimiento nos vimos privados de asistir a aquel acto, aunque estuvimos allí en espíritu identificados con aquellos infatigables luchadores de las libertades patrias.

CONVERSIÓN SINCERA

De un periódico de París reproduce el *Journal de Charleville* este interesante artículo:

«Desde hace algún tiempo se encuentra en París un antiguo prior de un convento de carmelitas belga, el expadre Sallé, de que se habla mucho en el medio protestante, donde se alaba su carácter y su saber.

El padre Sallé no es un exclaustrado ordinario, es un hombre muy instruido, licenciado en letras, y ha dejado el convento de Charleville, de que tenía la dirección y la guardia, tras una crisis psicológica. Un día, este hombre, que estaba consagrado a enseñar la moral religiosa, se encontró con que no creía ya en esa moral y se marchó. Ha abandonado a Bélgica y se ha venido a París, donde se le ve frecuentar las bibliotecas y terminar en su espíritu el trabajo de demolición que la reflexión había comenzado en él.

Yo he tenido ocasión de encontrarle varias veces y conversar con él extensamente. Tiene unos cuarenta años, de aspecto sanguíneo, un poco grueso, de ojos vivos, chispeantes; es rubio y lleva bigote; su calvicio precoz parece como la persistencia de una ancha tonitura que no quería desaparecer. Lo que me interesaba saber era cómo había entrado en el convento y las razones que le habían hecho salir.

—¿Cómo entré en el convento? Es muy sencillo. Mi padre era profesor en el Prítaneo militar de la Flèche, donde he sido educado y he tenido por compañero a Paul Marguerite. A los dieciocho años vine a ser preceptor en casa de una familia muy religiosa, que me inclinó al misticismo; una suerte de hipnotismo se produjo en mí, y poco después ingresaba en el seminario de Leja. Buscando los preceptos ajenos a toda preocupación material, profesé en el Carmelo, donde he vivido ciertamente feliz hasta el día en que mi espíritu rechazó el dogma que había enseñado hasta entonces.

—Usted ha sido un predicador muy celebrado.

—No sé si he sido «muy celebrado», como usted dice, pero he predicado mucho. A veces hacía tres ó cuatro sermones por día en iglesias próximas.

—¿Cómo vivía usted con los otros religiosos?

—En buena armonía; son, en general, buenos chicos, a quienes el dogma no preocupa gran cosa. Ellos se dejan llevar. Los que reflexionan, por otra parte, interpretan cada cual la regla a su gusto, porque desde hace tres siglos en que la orden del Carmelo fué reformada por Santa Teresa, ningún religioso está de acuerdo con la interpretación que se debe dar a la regla.

—Sin embargo, Santa Teresa...

—(O, Santa Teresa! Si viviese hoy, sería seguramente expulsada y muy posible excomulgada.

—De suerte que, según me decía, ha sido una crisis puramente intelectual lo que os ha hecho abandonar el claustro?

—Sin duda alguna.

—¿No hay ningún otro motivo?

—¿Qué otro motivo podría haber?

—Pues bien; permítame ser franco, ya que yo busco en estas conversaciones averiguar las responsabilidades morales, si me es permitido hablar así.

El padre Sallé comprendió bien a dónde iba yo a parar, y contestó:

—No olvidéis esto: un sacerdote que está esperando por el deseo de la mujer no tiene necesidad de dejar la sotana; un fraile que está atormentado por las visiones del amor, no necesita salir del convento por tan poco. Al contrario, su estado de clérigo, su situación de fraile, le darán cien ocasiones y cien facilidades que usted no podrá imaginar. Un joven sacerdote exclaustrado, en una entrevista que yo he leído, os decía que el modelo del hombre polígamo, teniendo cuantas mujeres podía desear, es el sacerdote católico. Nada más exacto; y el sacerdote Hautefeuille, que hablaba a usted así, tenía razón.

—¿No habrá usted experimentado decepciones de amor propio?

—Tampoco; era prior, es decir, superior de mi convento; era mi señor; mis superiores me honraban y los demás religiosos eran perfectos para mí. Nunca he experimentado decepciones. Por otra parte, no he tenido sino motivos de satisfacción en las relaciones con otros hermanos de mi orden. Había en ella religiosos virtuosos, practicando la regla con humildad, y a menudo con ardor, y cuando los dejé fué para mí un dolor abandonar a tan buenas gentes. No; mi resolución no fué adoptada, ni por el apetito de la mujer, como ciertos periódicos han dicho, ni por un orgullo herido, sino por una razón más sencilla: me había extraviado en una religión que he reconocido falsa, y he cambiado de vía: este es todo.

—Esa convicción de que se había equivocado, ¿la ha obtenido usted de una vez?

—No, ciertamente; ha habido en mí una evolución.

—¿Se acuerda usted de la primer circunstancia que hizo que la duda se introdujera en su espíritu?

—Es muy difícil encontrar el límite; ¿usted desea conocer el punto de partida?

—Precisamente.

Pues bien; el primer momento de duda me sugirió cuando, como prior, tuve que reflexionar sobre los religiosos cuya conducta se me había confiado; la mayoría eran buenos, pero de tal manera imperfectos que yo me decía que con la gracia de Dios ellos podrían arrojar aquellos defectos; ahora esos defectos no hacían sino aumentarse; lo cual daba a inducir que la gracia no era eficaz ó que no existía. Tal fué mi primer momento de duda; entonces fué cuando se hizo en mi espíritu esa pequeña rasgadura por donde la fe debía escaparse, como se escapó el agua de un vaso hendido. Los monjes que me rodeaban eran hombres virtuosos y excelentes, y sin embargo, yo veía en el claustro agitarse todas las pasiones mezquinas, desizarse todas las intrigas. ¿De qué procedía esto?

—¿De suerte, que hay intrigas en un convento de carmelitas?

—¿Quién lo duda? La historia de la orden está repleta de ellas. El primer carmelita descalzo, Juan de la Cruz, fué encerrado en calabozos por los otros frailes, que querían impedir la reforma. Gracián, el amigo y confidente de Santa Teresa, al dejar el cargo fué ignominiosamente despojado del hábito del Carmelo y arrojado por los otros monjes. Desde entonces la historia ha continuado, y si yo quisiera definir los conventos, diría que son «Reuniones de hombres, que se juntan sin conocerse, viven sin amarse y mueren sin sentirse». Usted habla de los odios entre los hombres del mundo; ese odio no es nada comparado al de los sacerdotes entre sí, y el odio de los clérigos es infinitamente menor al de los monjes hacia otros monjes.

—¿De suerte que cuando usted se convenció de que vivía en el error, decidió abandonar el convento?

—Sí, pero eso no es cosa tan fácil como se cree. Lo que es espantable son los tres últimos meses. La duda invade cada vez más vuestro espíritu como una marea alta. Si quiere retroceder, volver a la fe de los años que pasaron, y no se puede. Se ve uno dentro del engaño y quiere evadirse.

—¿Usted decía la misa, sin embargo?

—Eso era para mí una tortura; imaginad que se dice palabras en las cuales no se cree; no se es sino un cómico representando su papel. ¡Qué de veces me he acordado de la última carta que me escribió un antiguo condiscípulo de la Flèche, Paul Marguerite, que cuando le participé mi ingreso en el convento me decía: «¡Pobre amigo mío; me haces el efecto de una moza cogida en una tela de araña; la araña está allí; ella te mira, mucho cuidado! Yo era esa moza haciendo esfuerzos por desahucarse de la tela en que está prisionera.

—¿Y cuándo predicaba usted?

—¡Ah, los sermones de mi último trimestre! Mis labios no se abrían sino con gran pena para las predicciones que en otro tiempo hacía con tanta alegría.

—¿Y la confesión?

—Un suplicio.

—Pero cuando la resolución de usted, ¿fué completamente formada?

—Cuando estuve bien decidido me vi todavía asaltado por escrúpulos profesionales. ¡No era herir el corazón de los que me rodeaban, turbar su vida quizá, tan tranquila, reposando en la fe! Se habla de egoísmo; pero el egoísmo me aconsejaba quedar donde estaba; la vida la tenía allí asegurada; el reposo, cierto; pero estaba dentro la conciencia, que me gritaba: «¡Hay; quedándose, tú eres hipócrita!»; y me fui.

—¿Sin saber dónde?

—Absolutamente. Me lancé en lo desconocido, sin apoyo, con recurso de ningún género.

ro, sin dinero y sin saber dónde comería al día siguiente.

—¿Cómo partió usted?

—Era prior, debía ir a predicar una misión; escribí al cura diciéndole que no me esperase; no avisé a nadie del convento; al día del monasterio como si me fuera a predicar. Vine a París y escribí a mi Provincial que se volvería a entrar en el convento. No he entrado.

—¿Lo siente usted?

—¡No, ciertamente! He sufrido mucho, pero he recobrado la libertad de mi alma, la libertad de mi pensamiento; he sacudido la rana; soy libre, libre de pensar, y usted no puede imaginar la alegría que de ello se experimenta. No, no; yo no siento nada. Si hubiera querido volver, lo hubiera hecho sin más inconveniente que un cambio de residencia; se me ha hecho proponer; lo he rechazado; cuando se consigue la independencia no se abandona.

Y el excarmelita parecía saborear el aire, feliz, contento, satisfecho, con el acento flamenco cuando hablaba de la libertad del pensamiento.»

¡Ah! Sin duda se explica esa gran satisfacción, esa satisfacción inmensa. Pasar de la sombra a la luz, de la noche al día. Llevar cadenas sujetando los pies y las manos; soltarlas, ¡qué alegría! Ahí tenía la alegría de ese monje. Llevar cadenas, las más pesadas, las del dogma religioso; ya las ha soltado. Era, en sus últimos tiempos, un ambiguo, un fariseo, un hipócrita; ya es un hombre veraz. Servía a Satanás; hoy sirve a Dios.

¿Cuántos como él habrán sufrido los horribles tormentos de la tiranía! No podían ser libres; el infame despotismo del antiguo régimen lo impedía. Vino la revolución francesa y rompió aquellas cadenas; he ahí a lo que debe ese hombre su libertad y el sentirse hoy dichoso.

¡Gloria a la gran revolución!

LA IGLESIA Y CASTELAR EN BUENOS AIRES

Tampoco ha querido el prelado de Buenos Aires, como no quiso el de Madrid, que se predique en la iglesia honrando la memoria de Castelar.

He aquí lo que sobre este asunto escribe nuestro colega *El Correo Español*, de Buenos Aires:

«Profunda sorpresa nos ha causado la noticia de que el gobernador eclesiástico de esta diócesis, monseñor Terrero, se ha opuesto rotundamente a conceder su autorización para que se pronuncie oración fúnebre en las iglesias religiosas que el Club Español ha proyectado en honor del ilustre tribuno y pensador D. Emilio Castelar, y que debían celebrarse a las diez de la mañana del sábado próximo en la catedral de Buenos Aires.

Un redactor de *La Nación* ha conferenciado sobre este particular con el gobernador eclesiástico, y consecuencia de esa entrevista es el siguiente suceso, que encontramos en el número del citado colega correspondiente al día de ayer:

«Una comisión de socios del Club Español, encargada de las ceremonias religiosas que se han de celebrar el sábado próximo en la iglesia metropolitana para honrar la memoria del eminente tribuno español, estuvo ayer por la tarde en la catedral, acompañada del secretario mayor, presbítero Blassi, para examinar el sitio donde va a erigirse el túmulo. Acompañaba también a la comisión el escultor español Sr. Tasso, a quien se ha encomendado la ejecución de una figura alegórica para colocar en el catafalco. El túmulo va a erigirse en el presbiterio, junto al coro de los cantórigos, y será digno de su objeto.

Durante las exequias fúnebres, una tórcula de más de sesenta profesores y cantores ejecutará la misa de Requiem, para lo cual van previamente a hacerse los ensayos, bajo la dirección del maestro Xarau.

La comisión, después de haber convenido con el presbítero Blassi en la forma en que se hará el arreglo del templo, pasó a conferenciar con el gobernador eclesiástico, monseñor Terrero, a fin de recabar del prelado la autorización correspondiente para que en las exequias pudiera un sacerdote pronunciar una oración fúnebre en homenaje a Castelar.

Monseñor Terrero se opuso desde luego al pedido formulado por la comisión, y aunque la conferencia duró un largo rato, los delegados no lograron obtener del prelado la autorización solicitada, y que no recuerda haciendo uso de la facultad privativa que goza para el caso, en su carácter de gobernador eclesiástico.

EL 14 DE JULIO EN CERVERA

Como estaba anunciado, celebróse el 14 de Julio una hermosa fiesta republicana en la magnífica finca que en Cervera de Río Alhama posee nuestro

Si esta Sociedad fué conveniente, si fué útil en sus principios...

POR CASTROVIDO

Como era de esperar de un pueblo tan republicano como Valencia, el Sr. Castrovido está siendo objeto de continuas manifestaciones de cariño desde que llegó allí...

«Durante el día de ayer, el Sr. Castrovido recibió numerosas visitas. Entre los nombres que recordamos...

También se presentaron en la cárcel nuestros colegas D. Francisco Castell, Sr. Clemente Lamuela, Téllez, Inorra y otros periodistas...

Además, se recibieron los siguientes telegramas, en los que se demuestra el interés que se siente por el Sr. Castrovido:

Barcelona 17 (6 45 t.) Sr. D. Roberto Castrovido.—Redacción de El Pueblo.

Saludámosle afectuosamente, poniéndole en absoluto a su disposición en todo.—Corominas y Junoy. Madrid 17 (12 n.)

Roberto Castrovido. A usted: enhorabuena. Ruéxole cuenta conmigo para cuanto le haga falta.—Rodrigo Solano. Madrid 17 (12 n.)

Redacción de El Pueblo. Comité federal de Madrid felicita a Castrovido por la persecución monárquica que sufre, protestando de su prisión.—Simón. Santander 17 (9 40 m.)

Señor director de El Pueblo. Ruéxale salud al Sr. Castrovido en nombre de la redacción de El Cantábrico, expresándole nuestras simpatías más cariñosas.—Mirañil. Tarragona 17 (9 5 n.)

Señor director de El Pueblo. Ruéxale exprese al Sr. Castrovido nuestro sentimiento por el percance que sufre, como igualmente las simpatías de los federales tarraconenses.—Redón, presidente del Comité federal. Carlet 17 (4 t.)

Los republicanos de esta población lamentan el encarcelamiento y se adhieren a las ideas políticas sustentadas por el Sr. Castrovido, deseándole una corta estancia en la prisión.—El Corresponsal, en nombre de todos los republicanos.

También recibimos los siguientes mensajes: Sr. D. Roberto Castrovido. Muy atendida corrección nuestro: Sorpresa grande nos ha producido al leer en El Pueblo de hoy la detención realizada en una persona honrada y un distinguido escritor.

Los que suscriben tienen el honor de dirigirla la presente en representación de la Sociedad Casino Universal de Fusión Republicana del Camino del Grao, y se ofrecen incondicionalmente.

Por razones fáciles de comprender, nos abstendremos de dar explicaciones de lo que pensamos, y deseamos recobrar pronto su libertad para de nuevo poder leer sus brillantes artículos.

Salud y República le desean estos sus correligionarios.—El presidente, Heliodoro Bertoméu.—El secretario, Martínez.

El Circolo de Fusión republicana de Masamasa, recientemente creado, ha manifestado también su adhesión al Sr. Castrovido.

En nombre de aquellos estimados correccionarios, nos ruegan que así lo hagamos público el presidente del Comité, D. Vicente Alcaño, y el presidente del Circolo, D. Joaquín Casañ.

Los socios del Casino de Fusión republicana (Arolas, 2) lamentan el percance ocurrido al distinguido colaborador de El Pueblo, don Roberto Castrovido, y le desean un fallo absolutorio.

Salud y República. Valencia 17 de Julio de 1899.—El vicepresidente, Jerónimo Monleón.

POR LOS REPATRIADOS

El diputado republicano Sr. Gasset (don Fernando) ha pronunciado un discurso en el Congreso defendiendo a los repatriados. En él figurán estos párrafos eloquentes:

«Yo no creo que pueda hablarse en estos días de repatriación de los que han sido repatriados del extranjero...

«¿Cómo es posible hablar de regeneración de la patria, cuando aquella implica el renacimiento de la justicia...

«¿Cómo es posible enaltecer al ejército y tenerlo dispuesto para ir a la victoria, si a ese primer elemento que lo forma...

«¿Qué contestó el ministro? Cuatro vaguedades y cuatro simplezas para decir que el retraso en la contabilidad de los cuerpos impedía que estuviera hecha la liquidación de los alcances de los repatriados.

Tres meses hace que se dió esta propia excusa para negar a los licenciados de la guerra lo que es suyo...

«Esto no puede quedar así. Ese robo no se puede consentir. ¿Cómo se ha liquidado todo lo que se debía a los generales, jefes y oficiales? ¿Por qué no se liquida lo mismo lo que se debe al soldado? Hay que pagar sin dilación a los soldados licenciados. Ellos no tienen la culpa de que haya una administración de guerra incapaz y desaherajada...

«La minoría republicana no tendrá conciencia, ni pudor, ni idea de sus deberes, si no exige la inmediata resolución de ese asunto. En nada más justificado el obstáculo que presentan los diputados republicanos en el proyecto de ley...

«Los generales y oficiales cobran porque tienen una mayoría que los defiende. Los soldados no cobran porque tienen una minoría que hace el papel de la oposición. Se acabaron las comedias. Que aprendan nuestros diputados cómo se defienden los derechos populares, de lo que hacen los diputados republicanos socialistas belgas.

«No; no puede pasar esa infamia de dejar un mes sólo más de pagar a los soldados licenciados de la guerra. Valen ellos más que todos los otros españoles juntos.

MEETING EN PALAFRUGELL

Gran meeting revisionista se ha celebrado en Palafrugell. Tomaron parte en él Bonany, Avelli, Glot, Rooyo y la brillante oradora doña Angeles López de Ayala.

D. Miguel Matas, venerable patriarca de la República en aquella región, obsequió a los oradores con un opíparo banquete, celebrado en el hermoso chalet que en Palamós tiene su hijo D. Miguel.

Indecible es el entusiasmo que refinó en el meeting, apestiguándose una vez más en la tierra ampurdanesa en un vivazo republicano preparado de sobra para recibir y mantener la República.

CURIOSIDADES

Sr. D. Fernando Lozano. Mi querido amigo. Aunque libre de otros vicios, tengo el de la curiosidad, que, según dicen, pasó a nuestros primeros padres...

Primera. ¿Por qué razón en algunas casas se juega libremente día y noche, a sabiendas de las autoridades, mientras otras permanecen cerradas y vigiladas para que en ellas no se arriesgue al azar ni una trieta peseta? Yo bien conozco la respuesta, mejor que a usted, corresponde al gobernador. Pero como este ilustre funcionario público padece de miopía y sordera, ambas crónicas e incurables, me dirijo a usted para que me diga si las leyes no son leyes tratándose de ciertas personas...

Segunda. ¿Por qué los periódicos de mayor circulación suprimen todas las noticias desfavorables al clero, o tratan de paliarlas buscando para ellas explicaciones traídas por los cabellos, aunque tales periódicos blanquean de imparciales, de liberales y de heraldos de la opinión pública? ¿Será verdad que son tan candorosos sus redactores como para...

imaginarse que con tal conducta se atraerán la simpatía y protección de la Iglesia...

Tercera. ¿Qué delito cometieron muchas calles de esta coronada villa para estar de noche casi a oscuras, sobre tener mal empujado y hallarse tan sucias, que al mismo tiempo ofenden a la vista y al olfato?

Contéstame mis preguntas, amigo y señor Lozano; ó si mejor le parece, inclúyalas en su ilustrado periódico. Tal vez entre sus numerosos lectores haya alguno capaz de satisfacer mis dudas.

Suyo siempre consecuente amigo, EL SACRISTÁN JUNILADO.

LUZ Y SOMBRA

Dice Silvela en el Congreso, dirigiéndose a Azcoárate: «Haga S. S. la defensa de las circunstancias atenuantes que pudo tener aquel régimen para los grandes pecados que cometió...

«¿Qué levadura de rebelión no habrá en un pueblo donde suceden estas cosas? Los Portas con entrañas de tigres pululan por toda España, y el poder les tiene entregados a discreción a los infelices españoles.

«¿Quién será el culpable de los horrores que van a verse aquí mañana, sino los gobernantes desalmados que tienen entregado el poder público a la bez de la nación, que son otra cosa son los acaudalados caciques, tufesos de los pueblos? Resulta ahora que Polavieja tiene una hermana en Alcoy, llamada doña Dolores García Polavieja, en su estado de pobreza, que a veces tiene que pedir limosna.

«¿Eso es, como comprenderá el lector, el asombro de los asombros! Desde el primer día que surgió esa figura en la política española, le saben bien nuestros lectores, la rechazamos con repulsió; había un no sé qué de sombrío y tétrico en la silueta de ese hombre, que nos inspiraba aversión instintiva. Confesamos que no podíamos entonces imaginar que tan negro fieran los tonos de esa personalidad.

«¿Vais qué misteriosa atracción tienen las cosas en el mundo? ¿Vais por qué Polavieja ha sido el hombre de la Compañía de Jesús? ¿Lo negro casa con lo negro? ¿Pero eso es un escándalo que afecta al decoro nacional? ¿Cómo se llegan así los lazos de la sangre? ¿Y cómo el que no tiene ley ni a su familia puede dictar leyes a la patria española? Se hacen muchos preparativos para celebrar este año la Gran feria hispano portu guesa que en los días 25, 26 y 27 del mes de Julio acostumbraba a verificarse todos los años en San Silvestre de Guzmán.

«Según el anuncio que de allí hemos recibido, habrá Exposición internacional de ganados, que promete estar muy concurrida.

Denuncia la prensa de Zaragoza que todos estos días los obispos andan apedreando las puertas de alguna iglesia, por lo que la policía ha preso a varios de ellos para que su castigo sirva de saludable escarmiento.

«Como los jóvenes acometedores de la capilla protestante eran bien portados, denotando su origen de familias acomodadas, que los educan bajo la dirección de hombres de hábitos, no tiene de particular que esos otros pobres que la prensa zaragozana llama golfos hayan querido imitar aquel ejemplo de excelente educación religiosa.

«Ha habido una diferencia, y es que las autoridades no se metieron para nada con los jóvenes que apedreaban la capilla protestante, mientras prende a los que apedrean las iglesias. ¿Otro excelente ejemplo de igualdad? Un detalle más: la prensa sensata no dijo nada sobre las fechorías contra los protes-

tantes y llama salvajes y golfos a los que apedrean las iglesias. De todo este conjunto de notas educativas resultan luego los tumuitos con sangre en los arroyos.

Publicó el arzobispo de Toledo un folleto reflejo de la política melosa de León XIII, y donde autoriza todas las formas de gobierno con tal que se deje seguir viviendo a la Iglesia.

El arzobispo de Sevilla ha dado su sanción a un folleto publicado allí, en el cual se combaten las teorías de Sanchez.

«¿Cuál es lo católico, lo de allá ó lo de acá, lo que dice el arzobispo de Sevilla ó lo que dice el arzobispo de Toledo? Este ha sometido la cuestión al papa para ver de meter en cintura a su obispo de Sevilla.

De modo que, en vez de llevar la paz a la conciencia de los fieles, los señores arzobispos les llevan la guerra, porque del asunto ha comenzado, naturalmente, a ocuparse la prensa.

«No era ocasión, ahora que todo el mundo se ocupa de economías, de hacer una importante: suprimir esos dos arzobispos, con lo que se economizarían muchos miles de pesetas, las apelaciones al papa, el disgusto de los prelados y la guerra de las conciencias? Dice un telegrama: «Valencia 17 (12 40 m.).—Conducido por el teniente de la guardia civil Sr. Avilés, ha llegado, a las once de la mañana, el Sr. Castrovido.

Salieron a recibirle a la estación muchos republicanos, formando un grupo de 600 personas, que le acompañaron durante el trayecto. En el camino de la cárcel, el teniente prestó auxilio a una sección de soldados que se encontraron.

La fuerza le prestó el auxilio pedido, y la comitiva militar y el preso llegaron a la cárcel de San Gregorio, donde ingresó el Sr. Castrovido.

Este ha recibido muchas visitas y telegramas y cartas.—Vinaixa. Los españoles no queremos, ciertamente, para eso al ejército. Nosotros le queremos para que muriese en Cuba antes de abandonar la bandera.

Para que muriese del mismo modo en Filipinas. Para amordazar a un escritor y llevarlo desde Madrid a la cárcel de Valencia entre guardias civiles y soldados, para eso no nos hace falta el ejército, para eso nos bastan los curiales.

«Se comprende cuanto ha pasado: un generalato que se preocupa de prender a un periodista con tanto ruido, claro es que debe tener en el más escandaloso abandono la defensa nacional.

«¿Para qué, pues, pagar un ejército que no nos defiende, y que, sobre ello, nos endeudaza y nos prende? Va cuñiendo la idea en toda la prensa republicana de que es preciso para que se desocupe el acto de refundición de la bandera a Sagasta, firmante de la decomposición del territorio nacional y responsable inmediato y mediato de todos nuestros desastres.

Lo que ese hombre debe hacer es irse al extranjero y no comprometer más con su presencia a la patria que ha envenenado de vicios y de ignominias.

La cuestión del padre Fiambrón, de Lille, que tanto ruido había producido, ha quedado en suspenso a causa de que el tribunal que en ella entendía ha sobrepuesto el proceso por no encontrar motivos suficientes para continuarlo contra el padre Fiambrón, pero sin perjuicio de reanudarle si nuevos datos se ofreciesen para abrirle otra vez el proceso en libertad.

«Claro es, este resultado ha encendido los ánimos del pueblo de Lille, que ha echado a la calle a protestar ruidosamente frente a los establecimientos religiosos, arrojándoles de piedras e intentando saquearlos.

«Porque ahora resulta que después de haber asesinado y violado al infeliz niño en las escuelas de los hombres de hábitos no parece el criminal.

«¿Qué padre llevará sus hijos a las escuelas? ¿A quién que no sea un imbécil se le puede convencer de que un joven puesto en manos de un colegio puede ser violado y asesinado sin que el colegio responda? ¿Podría disculparse a la policía, aunque sea caso tan extraordinario, pero no se puede disculpar al colegio. En él se debe conocer perfectamente quién ha sido el asesino, y nadie más interesado que él en que se le prenda y se le castigue.

«Todo esto obra, sin duda, en su conciencia del buen pueblo de Lille para excitar su justa indignación.

«Lo que ve aquel pueblo es que en el colegio de los Fiambrón se ha violado y asesinado a un niño de los que en él tenían ocupados las familias, y que el asesino se preciosa ni se castiga a los que estaban obligados a responder de la vida de ese niño: ¿Ese asunto traerá aún otra?

